

EL HIJO DEL INDIANO

Pepín era cabrero, y se ganaba la vida de forma sencilla con su rebaño de cabras en aquel pueblo perdido de la montaña. Era un hombre solitario y vivía en una pequeña habitación junto a una cuadra, pared con pared con el ganado. A fuerza de tanto andar por el monte en su compañía y la de su perro, había establecido una extraña relación con los animales, casi familiar. Ordeñaba y cebaba sus cabras, limpiaba la cuadra, y si el tiempo lo permitía se las llevaba bien lejos al monte, en busca de los altos pastos, ricos en minerales, con los que sus cabras se fortalecían, tanto por el paseo como por el alimento. Y él también disfrutaba de la montaña, y la cercanía con el cielo. Al caer la tarde bajaba feliz al pueblo, con un sentimiento en el corazón del deber cumplido, con el alma henchida de paz, y sus ojos plenos de bosque y peñas. Las tardes de invierno, cuando la ventisca de Valdeón entraba por el Collado de Remoña, golpeando con furia la peña, Pepín se dedicaba a preparar sus quesos con el mismo amor que ponía en su rebaño. Cada cierto tiempo bajaba al mercado algunos cabritos y unos quesos y así transcurrían sus días, año tras año, hasta que un buen día su pequeño mundo cambió de forma inesperada.

El Indiano apareció por el valle tras muchos años de ausencia. Venía en una carreta, cargado de baúles con dos mujeres y un chico de unos diez años. Los cuatro traían un extraño acento salpicado de palabras desconocidas, y la mirada asombrada al ver las alturas insospechadas de los Picos. Sólo los mayores del pueblo recordaban apenas su existencia, pues había salido de allí siendo muy niño con su familia y ninguno había vuelto excepto él, prácticamente desarraigado, pero manteniendo un pequeño hilo anudado a su corazón. Los paisanos le miraban con cierta desconfianza, pues no entendían qué pintaba allí un desconocido con tantos posibles que quisiera volver a su tierra natal, en lugar de escapar de la miseria, como todos soñaban. En su ignorancia, no comprendían que el alma establece un pacto con la tierra, y amarra a la persona con sus raíces mucho más de lo que alcanzamos a entender. El Indiano había vuelto al sentir la llamada de la sangre, que clamaba en su busca desde la otra orilla del ancho mar.

Al frente de una cuadrilla de vecinos, puso en pie su casa familiar, afianzó los muros de piedra, reconstruyó el maltrecho tejado, quitó nidos y telarañas retejidas por varias generaciones de aves e insectos y limpió el huerto y el hórreo. Por último mandó traer un escudo labrado de la cantera de Los Corrales, y lo colocó triunfalmente en la fachada de su casa.

El pueblo asistía asombrado a este trajín, que le distraía de sus rutinas, y tal fue la febril actividad que el forastero desplegaba, que la pequeña comunidad se vio contagiada de este frenesí. Hasta los animales fueron arrastrados por la corriente, las gallinas ponían huevos de dos yemas y las vacas parían mellizos. Aquel año la primavera se adelantó tanto que los cerezos silvestres tiñeron de flores pálidas las laderas nevadas. La naturaleza se dejaba llevar por el influjo prodigioso llegado de tan lejos, que había alterado las costumbres del valle.

Pepín seguía a distancia esas novedades, ya que no tenían nada que ver con su rutina de siempre, hasta que de pronto día se dio cuenta de que su ritmo también se había acelerado, acompañando la producción de sus quesos al aumento de la leche de las cabras, que habían invadido la cuadra con tantas crías que tuvo que hacerles un hueco en la huerta para acomodarlos a todos. Pensativo, creyó que por fin el destino venía a buscarle, con intenciones desconocidas y su paz comenzó a resentirse.

Una mañana se hallaba como siempre, ordeñando en la cuadra, con quienes intercambiaba la muda conversación de todos los días, cuando de repente una cara desconocida se asomó con una sonrisa, pidiendo permiso para entrar, entonando vocales y consonantes con aire musical. “¿Usted es el quesero?”, preguntó “Yo soy Tobías, el hijo del indiano”, presentándose, como si su acento no le delatara suficiente para ser identificado con claridad. “Para servirle”, dijo Pepín. Venía a por un queso para su familia. Pepín le dio uno para que lo probaran en casa, ya volvería a por más si les gustaba. Una vez hecho esto, ambos callaron durante un buen rato, en el que el cabrero continuó con su labor y las cabras balaban con mansedumbre, retomando la tertulia habitual de la cuadra.

Pero el chico no parecía tener ganas de marcharse, de manera que se sentó junto a unos maderos sin decir una palabra más, y así estuvo todo el rato, hasta que Pepín terminó de ordeñar. Cuando el cabrero se dirigió a su cocina dispuesto a hervir la leche, el chico le siguió y estuvo con él fijándose con atención en la habilidad con que trabajaba. Al rato Pepín salió de nuevo y abriendo la cuadra animó con un silbido al rebaño para que emprendieran el camino conocido, calleja arriba, hacia Pierga o Salguereo, bien acompañadas del perro pastor. Tobías le hizo un pequeño gesto de adiós y se quedó allí parado, viéndoles marchar, con una mirada desilusionada, como queriendo acompañarles.

A partir de aquel día, Tobías aparecía todas las tardes, al salir de la escuela, para verle trabajar en la cuadra y la cocina. Pronto el cabrero y el muchacho se acostumbraron a trabajar juntos, sin cruzar palabras al principio, más adelante en animada conversación. Si Pepín alargaba la mano para coger el cubo, lo encontraba a su alcance, de mano del chico. Si necesitaba astillas para animar la lumbre, Tobías se las ofrecía siguiendo su instinto. Cuando no había clases, el cabrero se asomaba a la ventana, para verle llegar por la mañana cruzando el puente con su canasto multicolor en el que Tobías traía las flores recién abiertas, las ramitas de tomillo escogidas, la hierbabuena más reluciente y perfumada para los quesos. Traía un soplo de aire fresco a su vida solitaria, y el cabrero se sentía en posesión de algo valioso, además de su pequeña industria y sus cabras, que ahora parecían tener un significado diferente.

El niño le contaba cómo era la vida en su tierra natal, sin nieve ni frío, extraños árboles sin ramas con grandes hojas de palma, frutas desconocidas de sabor dulce y exótico, interminables playas con olas que rompían suavemente en las orillas. Pepín no entendía casi nada, pero le parecía que el sonido del mar tenía que tener un parentesco con el del viento que rugía en invierno desde Valdeón, ronco y poderoso, como si viniera de muy lejos. De alguna manera en aquella pequeña cuadra se asomaba el espíritu de un país lejano, con la voz de un niño de otro mundo.

El tiempo fue templando y como si hubieran dado la señal desde lo alto, empezaron a deshacerse los neveros, descubriendo peñas y prados, arroyos que corrían ladera abajo. Un buen día Pepín preparó un quesuco y media hogaza a los que añadió un pellejo de vino, y cuando Tobías apareció, puso en su mano un pequeño zurrón y una picaya igual que la que él sostenía, señalándole el monte. El rostro del chico se iluminó y con una amplia sonrisa puso las flores en remojo, para la tarde. Salieron a buen paso del pueblo, sorteando los charcos, embriagándose de la mañana fresca y luminosa, en la que el sol alumbraba con fuerza sus pasos. Aquello fue para Tobías el principio de muchos paseos. Se sentía feliz, sin parar de hablar en su lenguaje caribeño. Apenas daba crédito a lo que iba conociendo cada día. Cerca de las alturas, en la Vega Arriba, Pozo Llao, la sierra del caballo, lleno de sensaciones, pleno de alegría, y libre de una forma especial. Para Pepín, el estar unas horas escuchando el tañido de los campanos mientras el chico cogía arándanos o exploraba por su cuenta con el perro, le traía recuerdos ya olvidados, de cuando siendo niño empezaba a conocer los montes con su padre.

Los días y semanas se sucedían con rapidez, y Tobías y Pepín ya no concebían otro plan mejor. El cabrero planeaba los paseos del sábado con la ilusión de mostrar a su nuevo amigo los altos prados ocultos en los que sus cabras se mezclaban con los rebecos, las cascadas escondidas de Canalejas, los pozos de agua verde junto a las vegas de Luriana, su propio reino, donde se sentía el amo y señor.

Un día templado de marzo Pepín decidió cambiar la ruta habitual. Aquella tarde irían a Entrambaspeñas en busca de anís. En primavera solía preparar unos quesucos perfumados con flores tiernas de anís que les daban un toque fragante y era el mejor momento para recogerlas. De manera que tomaron el camino en dirección a aquellas peñas. El perro lo reconoció inmediatamente y trotaba alegre junto a ellos animando al rebaño. La subida era empinada pero iban cogiendo altura con rapidez. A su espalda se erguían los macizos de roca plateados, como gigantes apostados en muda vigilancia. Y a su frente el murallón de Somo, una barrera infranqueable. Tobías se preguntaba a dónde iban, porque se aproximaban a la peña, y no se veía nada más que la pared de roca. Al acercarse pudo ver la entrada con claridad. En primer lugar había un tejo de raíces negras y retorcidas que abrazaban una roca, como la puerta de un reino misterioso. A partir de ese punto se abría entre los muros un amplio pasillo que se dividía en pasadizos abiertos al cielo, ocultos a la vista para quien no los conociera. Estando el rebaño tranquilo al cuidado del perro, Pepín le guió por aquel lugar secreto, en donde un intenso aroma de anís impregnaba todo el paraje.

Se entretuvieron cogiendo las flores, y la tarde empezó a oscurecer, así que cuando se dieron cuenta, tuvieron que emprender el regreso a toda prisa. Mientras agrupaban el ganado, el viento empezó a revolverse, y el cielo se tornó pesado y plomizo. Alarmado, Pepín vio venir la tormenta y con un silbido movilizó a las cabras. La bajada fue rápida, y enfilaron el camino de vuelta sin dificultad. Un trueno sonó a lo lejos, la tempestad se les echaba encima. Tobías sonreía sin miedo, pero el gesto serio del cabrero y la urgencia de la recogida le alertaron. Al llegar a Pontesqué, caían ya gruesas gotas de lluvia, y en pocos minutos estaban empapados. Con paso acelerado llegaron a la entrada del pueblo y Pepín dirigió a sus cabras camino de la cuadra, cuando se dio cuenta de que faltaba una cabra que unos días atrás había parido una pareja de chivos. Al comentárselo a Tobías se lamentaba por perderlos, y el chico propuso hacer un intento de volver a por ellos, pero el cabrero le dijo que había que renunciar a buscarlos, bajo aquella tormenta era inviable. Así que Tobías se echó encima el capote de Pepín para resguardarse y se fue a su casa.

Al cabo de un par de horas, ya de noche cerrada, Pepín se sobresaltó por un fuerte golpe en su puerta. La lluvia caía con rabia y apenas se veía en la oscuridad. El Indiano venía preocupado a buscar a su hijo, que no había vuelto aún. Un mal presagio cruzó por la cabeza del cabrero, recordando la cabra perdida aquella tarde. Rápidamente se cubrió con unos plásticos y ambos avisaron a algunos vecinos para organizar la búsqueda del muchacho. Sabiendo el lugar por dónde buscar, el grupo se separó a partir del pequeño puente de las Colgás. Los relámpagos iluminaban con fogonazos el camino, y el resonar de los truenos rebotando en los Picos llenaba de angustia al padre, al amigo, a los paisanos, recordando tragedias pasadas.

El indiano y el cabrero, corrían hacia los pasillos ocultos, llamando a gritos al chico, pero la única contestación que recibían eran los furiosos chasquidos de la tormenta sobre la piedra. En pocos minutos alcanzaron la entrada de los pasadizos. El tejo milenario se iluminó con un rayo que había caído cerca, era como una silueta amenazante aguardando su llegada. Pepín aceleró el paso, entre lágrimas, al distinguir con el breve resplandor el cuerpo de Tobías, arrimado a los peñascos. A medias cubierto con el capote del cabrero, intentaba proteger la cabra perdida con sus pequeños. Lo cogió en brazos, desmayado y empapado, y le dio unas gotas de orujo,

para intentar reanimarle sin resultado, aunque respiraba débilmente. Llamando al padre le entregó el cuerpecillo, y envolviéndolo en una manta emprendieron el regreso ladera abajo.

Súbitamente, con un estruendoso crujido, un rayo cayó frente a ellos, en el muro de Entrambaspeñas, arrancando a la roca un gran peñasco, que cayó con estrépito junto al camino. El indiano bajaba corriendo adelantado unos pasos, pero las piedras sepultaron al cabrero. Los vecinos que ayudaban al rescate, corrieron a auxiliarle, pero la peña había reclamado su víctima, y Pepín fue el escogido aquella noche terrible. El regreso fue desolador. Las mujeres esperaban junto a las primeras casas viendo llegar el grupo. Ya amainaba la lluvia y traían al niño a salvo y al viejo destrozado.

El pueblo conmocionado acompañó a Pepín el cabrero en su último viaje al cementerio, donde reposa eternamente en una pequeña tumba, confundida ya sin nombre y semioculta entre tantas otras sepulturas olvidadas. A los pocos días, un precioso día de primavera, Tobías hizo ya recuperado su última excursión a Entrambaspeñas. Allí junto al tejo perfumado de anís cavó un hoyo y entre sollozos enterró el capote y su pequeño zurrón, aquel con el que tantas veces había acompañado a Pepín en sus paseos, testigo de relatos, canciones, risas, y tantos recuerdos...

Al final de aquel verano, el Indiano cerró su casa, y con su carreta y sus baúles regresó a América, prometiendo volver. Sin duda Tobías conserva el hilo de la sangre anudado bien fuerte a su corazón, además de otros lazos imborrables que le ligan ya para siempre a estas montañas, con su amigo el cabrero siempre en su recuerdo.

Si miráis hacia Somo, podréis ver la huella que dejó la roca de Pepín, tiene forma de ataúd, desgajada de las murallas de Entrambaspeñas.

Sirva el recuerdo del hijo del Indiano para avisaros de los peligros de las tormentas y para mostraros el vínculo que la amistad establece, tan sagrado como el de la sangre.

Susana Fontán Oñate